

CAPÍTULO XVI

El siglo décimooctavo.

Estas eran las venerandas matronas con quienes iba á vivir nuestra pobre amiga Clara; y en la posición en que las hemos descrito se hallaban cuando Elías, trayendo de la mano á su ahijada, entró en la sala, y se paró ante las tres damas, haciendo una profunda reverencia. Las tres dirigieron á un tiempo los más impertinentes rayos de sus miradas sobre el semblante de la infeliz muchacha, que estaba con los ojos bajos, el alma oprimida y sin poder pronunciar una palabra.

«¿Es ésta la niña que usted nos ha encargado, señor don Elías?»—dijo María de la Paz Jesús.

—Sí, señoras, ya que son usias tan buenas que quieren admitirla aquí... Yo espero que ella será agradecida á tanto honor, y sabrá corresponder á él con su buena conducta.

—Pero es preciso corregirse, niña—dijo Paz;—y si es verdad lo que el señor Elías nos ha dicho de usted... y verdad debe ser cuando él lo dice... Siéntese usted.»

Los dos visitantes se sentaron en dos taburetes, magníficas joyas del siglo decimoséptimo.

«Sí, es verdad—dijo Salomé con desdén y cierta fatuidad:—es preciso que usted se corrija. Esta casa, niña, impone, al que la habita, deberes muy sagrados. Nosotras no consentimos el menor escándalo, y cuando protegemos (recalcó la palabra *protegemos*) á una persona, principiamos por enseñarle lo que debe á sus protectores.

—Estas ideas del día—añadió Paz,—lo invaden todo, niña. No extraño que le haya alcanzado á usted su influencia pestilencial. Ya no hay religión: los hombres corren desenfrenados á su ruina; y si Dios no se apiada, se acabará el mundo. Pero en alguna parte se conservan los sentimientos de honradez y pudor. Haga usted cuenta, niña, que ha dejado un mundo de cieno para entrar en otro más perfecto. Dios ha iluminado á su buen protector para que la ponga entre nosotras, que la libraremos de la influencia infernal de las ideas del día.»

Y siguió disertando sobre las ideas del día con argumentos tan fuertes y tal vehemencia de estilo, que Clara sintió picada su curiosidad; alzó los ojos y se puso á mirar con asombro la efigie porreñana, de cuya boca salía elocuencia tan terrible.

«¡Usias son tan buenas!... son las únicas personas que pueden ofrecer algún consuelo entre las borrascas del día—dijo Coletilla con voz menos áspera que de ordinario, pues sólo era afable tratándose de las Porreñas.—Usias le harán comprender lo que han sido y lo que son todavía, porque aunque esto se ha desquiciado, aún quedan personas de aquel tiempo tan grandes y nobles como entonces. Clara, haz cuenta que habitas con las más dignas y elevadas señoras de la grandeza española, que, al par de la virtud, atesoran todas aquellas prendas del alma que distinguen á ciertas personas del bajo vulgo á que nosotros pertenecemos.»

María de la Paz Jesús se irguió con toda la gallardía de que era capaz; respiró y miró á un lado y otro con majestad perfectamente regia. Salomé miró con angustiosa calma las colgaduras remendadas y raídas, los muebles desvencijados y rotos. Doña Paulita dió un suspiro místico, y continuó en silencio.

Coletilla, cuando emitió tan gran pensamiento, se levantó y se fué, después de saludar á las damas y hablar algo en voz baja con la más vieja de las tres. Clara le miró partir, y aquel hombre, que le había inspirado tanto miedo, que había sido siempre un tirano para ella, le pareció un ángel tutelar que la abandonaba en tales momentos. Sintió impulsos de correr á abrazarle para salir con él; le miró en silencio, y cuando se hubo marchado observó á las tres viejas con terror, y dos lágrimas de desconsuelo y angustia corrieron por sus mejillas.

«No llores, niña—dijo Salomé:—esos sentimientos que manifiestas por tu bienhechor son saludables; pero ¿de qué valen esas lágrimas tardías, después de haber abusado de su bondad, poniendo en peligro la dignidad de su casa?»

—¡Yo, señora!—exclamó Clara con asombro.

—Sí, usted—afirmó doña Paz;—pero la juventud está desmoralizada: no me admira. Esperamos, sin embargo, que usted se corrija. Ya se ve... con estas ideas del día, ¿qué había usted de hacer!

—Es preciso perdonar,—dijo doña Paulita con una voz agri dulce y atiplada, que parecía salir de lo profundo de un cepillo de iglesia.

—Si, perdonar; pero corregirse también—indicó Salomé con el aplomo de un legislador.—Si no, á donde iríamos á parar; porque el perdón sin corrección produce peores efectos que el no perdonar.

—Ese es un punto—contestó la devota—difícil de resolver, y que ha de llevarnos á sostener una herejía. El perdón es bueno *en sí* y *por sí*, como me lo probó el Padre Antonio el otro día.

—Pero, hermana, ¿de qué sirve perdonar si el malo no se corrige y sigue siendo malo?—dijo Salomé interesándose en aquella controversia, que alteró la soporífera armonía de la trinidad por algunos minutos.

—El perdón basta por sí para producir la gracia eficaz en el perdonado—contestó la devota;—y si es así, que el perdonado se corrige con la gracia tan sólo, luego la corrección del perdonador es ineficaz para el perdonado.»

Olvidábamos decir que doña Paulita sabía un poco de latín, y que en la época de la decadencia se había dedicado á leer el *Florilegio sagrado* y el *Thesaurum breve Patrum ac sententiarum*. Aquel argumento lo había leído la noche antes, y por eso lo tenía Jan á la mano.

La controversia concluyó, y María de la Paz, más dada al sermón que á la doctrina teológica, prosiguió arregando á Clara, que, sentada como un reo en el banquillo, estaba aterrada en presencia de tan severos jueces.

«La opinión de la mujer—decía la matrona,—es cristal finísimo que se empaña al menor soplo. Aquella que no se guarda á sí misma, no es guardada; y mujeres hemos visto muy honestas que por no cuidar de su nombre le han visto manchado sin motivo. La opinión es lo primero: cuidad de vuestra fama, porque cuando se habla de una mujer, nada le queda ya, y su misma inocencia no la consuela.»

Estas doctrinas sobre la opinión eran de la cosecha del fraile de la Merced, que *in illo tempore* frecuentaba la casa. A Paz se le quedaron presentes sus argumentaciones, y en lo sucesivo no perdonaba ocasión de sacarlas á cuento, creyendo que hablaba por su boca la misma sabiduría. La devota manifestó con un *sin embargo* que no estaba conforme con aquella doctrina; pero el sermón, turbado por este pequeño incidente, continuó después por mucho rato.

«Y si no, dígame usted, niña—dijo Paz:—¿qué objeto tiene la mujer al dar oídos á las palabras de los hombres, que son los que el demonio elige para que propaguen estas ideas del día? ¿Usted á qué aspira en la tierra? Por su

nacimiento, por su educación, no puede aspirar á ocupar un puesto en el mundo que la haga capaz de hacer bien á los inferiores. O si no, vamos á ver: trataré de averiguar cuáles son sus pensamientos sobre ciertas cosas, niña. ¿Qué espera usted, á qué aspira usted y de qué modo piensa conducirse en el mundo?»

Clara no sabía qué contestar á esta pregunta.

«Vamos, conteste usted,—dijo Salomé con un tonillo que indicaba grandes deseos de oír un disparate.

—Diga, hermana,—exclamó con la nariz la devota.

—Yo...—contestó Clara después de una pausa larga en que trató de dominar su turbación...—Yo... les diré á ustedes... soy... una mujer.»

Paz hizo con la cabeza un signo de asentimiento, y miró á sus sobrinas de un modo que indicaba el profundo acierto que había en la respuesta de Clara.

«Vamos, niña, ¿qué piensa usted hacer en el mundo? ¿Cómo cuenta usted vivir en lo sucesivo? ¿De qué modo? A ver,—repitió Salomé con vehementes ganas de que Clara no acertara con la respuesta.

—Yo...—contestó Clara,—lo que deseo es vivir... pues.»

Paz inclinó de nuevo la majestuosa cabeza en señal de aprobación.

«¿Y nada más?

—Ser buena y...

—¿Y qué?—insistió Salomé, amostazada por el juicio y discreción que había mostrado la examinada en las cuestiones anteriores.—¿Y qué más? ¿No se le ha ocurrido á usted alguna cosa para lo porvenir? ¿No ha esperado usted verse en otra posición, en otro estado del que hoy tiene?»

Clara continuaba no comprendiendo.

«Pues queremos decir—añadió Paz,—que si á usted no le ha ocurrido ser feliz de algun modo; figurarse que podía ser útil al mismo tiempo... pues... porque las jóvenes del día tienen ciertos pensamientos sobre la vida y la sociedad que conviene examinar en usted.

—¿De qué manera—dijo Salomé—cree usted que debe vivir una mujer en el mundo? ¿Cómo espera usted vivir en la sociedad para servirla y serle útil?

—¡Ah! sí,—dijo Clara bruscamente, como si un rayo de luz repentina hubiera iluminado su entendimiento, sugiriéndole una idea que agradara á aquellas señoras.

—¿A ver cómo?

—Veamos.»

Clara tenía un sentido natural muy grande. Evocólo

todo, y pensó en lo que á ella le parecía ser los destinos de la mujer. Comprendió que si no hubiera matrimonio se acabaría el mundo, y recordó haber pensado varias veces que una mujer casándose sería lo que deben ser las mujeres. Con esta dosis de lógica se aventuró á dar una respuesta á sus jueces, segura de que las tres habian de quedar muy satisfechas y complacidas.

«A ver, niña, diga usted de una vez.

—¿Qué debe hacer la mujer en la sociedad para servirle y serle útil?

—Casarse,—dijo Clara con la mayor sencillez; y en el momento que pronunció esta palabra, se aterró de lo que habia dicho y se puso como la grana.»

El lector habrá visto, si ha asistido á algún sermón gerundiano, que á veces el predicador, no sabiendo qué medios emplear para conmover al femenino auditorio, alza los brazos, pone en blanco los ojos, y con tremenda voz nombra al demonio, diciendo que á todas se las va á llevar en las alforjas al Infierno; habrá visto cómo cunde el pánico entre las devotas: una llora, otra grita, ésta se desmaya, aquélla principia á hacerse cruces, y la iglesia toda resuena con las voces alarmantes, el pataleo de los hísticos, el rumor de los suspiros y el retintín de las cuentas del rosario. ¿El lector ha visto esto? Pues el efecto producido en las tres damas por la respuesta de Clara fué enteramente igual al que producen los apóstrofes de un predicador endemoniado en el tímido y dueñesco auditorio de un novenario.

«¡Qué horror!—exclamó Paz juntando las manos.

—¡Jesús! ¡Jesús!—dijo Salomé tapándose los oídos.

—*Et ne nos inducas*,—profirió la devota alzando los ojos al cielo.»

Hubo un momento de confusión. Las tres se miraron con asombro. Doña Paulita se replegó, doña Paz tambaleó en su asiento, y aun es fama que el amarillo rostro de Salomé se tiñó de una leve púrpura, para lo cual fué preciso sin duda que toda la sangre de su cuerpo se repartiera entre sus dos mejillas. Hasta se asegura que Babilo, el más taciturno de los perros conocidos, participó de la opinión general: se alzó sobre sus patas, alargó el hocico y ladró.

Pasados los primeros momentos de confusión, Paz recobró aliento, y dijo con voz entrecortada por la colera:

«Niña, esas ideas no me llaman la atención. Ya la conocíamos á usted de oídas. Ahora me explico su conducta... Ya se ve... ¡Oh! es preciso una educación fuerte.

—Pero, señoras... yo... ¿qué he dicho?... yo—balbució Clara muy turbada.—Una mujer... si se casa... ¿Pero casarse es ofender á Dios?

—No, señora, no—contestó la matrona:—el matrimonio es cosa muy principal; sin matrimonio no habria mundo. Pero lo que extrañamos es ver á una mozoleta de diez y siete años pensando sólo en casarse.

—Pero si yo no he pensado...

—No me interrumpa usted, niña... ¡pensando en casarse!... ¿Qué locuras no hará quien á esa edad no piensa más que en el matrimonio? Así se comprende que sea usted tan amiga de los hombres... que los busque.

—Señora, yo no he buscado á ningún hombre,—dijo la muchacha con angustia.

—Todo lo sabemos; pero se equivoca usted si piensa que aquí vamos á tolerar sus trapicheos.»

El corazón de Clara se llenó de amargura al oír aquellas palabras; no se pudo contener, y rompió á llorar.

Las tres manifestaban horrible crueldad en martirizarla. No podemos explicarnos esto. ¿Era tal vez efecto de la reconcentración y sequedad de espíritu producidas por la falta de trato con las gentes, por falta de amor y de los goces de la vida? Sin duda las tres momias no podían sufrir en calma que hubiera en alguna persona aspiraciones á la felicidad.

Doña Paulita, que ya tenia la palabra en la nariz para reprender á Clara, se conmovió al verla llorar, y la tranquilizó diciéndole:

«La Magdalena pecó y fué perdonada. Lo que ahora le falta á usted es un sincero arrepentimiento.

—¿Pero de qué me he de arrepentir?—dijo Clara sollozando.

—¡Jesús! ¡qué tono tan del día y tan... liberal!—exclamó Salomé, creyendo decir una gracia.

—El orgullo que usted ha manifestado en esa pregunta no tiene disculpa,—dijo Paz con desdén.

—Cuando dicen las personas mayores que usted ha faltado...—añadió la otra,—ellas sabrán por qué lo dicen, y usted no tiene que hacer más que conformarse y callar.

—Pero ¡ay! yo no sé en qué he podido faltar.

—Cuando á usted se lo dicen, sus razones habrá para ello.

—Pero si tengo la conciencia tranquila.

—Más tranquila queda no replicando cuando los superiores dicen una cosa.

—La autoridad, niña—exclamó Paz,—la autoridad es

necesaria... Ya nos ha mostrado usted suficientemente la influencia fatal que en usted han producido las ideas del día. El orgullo satánico, al rebelarse contra los superiores; el contradecir... Esto es insostenible. De este modo camina la sociedad á su ruina. Pero nosotras le traeremos á usted al buen camino.

—Por de pronto—dijo Salomé.—cuidado cómo se asoma usted á la ventana.

—Queda terminantemente prohibido que se acerque usted á un balcón ó ventana; que abra usted la puerta de la escalera.

—Y que hable usted cuando no le pregunten.

—Se ha de levantar usted á las cuatro de la mañana, que la pereza es madre de todos los vicios.

—Yo me levanto á la misma hora, hermana—dijo la devota.—Yo le proporcionaré á usted ocasiones á esa hora de entretener el entendimiento en cosas santas.

—A ver si de aquí en adelante tiene cuidado de no decir esos terribles despropósitos que ahora ha dicho.

—No volverá—dijo en un arrebató de amor al prójimo doña Paulita.—Yo sé que no volverá; yo confío en que será buena y obediente. Otros peores se hicieron santos.

—Cuidado cómo habla con nadie que venga á esta casa. Trabajaré usted en cuanto se le mande.—continuó Paz, añadiendo un artículo á aquel código fatal.

—Pero, no con exceso—indicó oficiosamente doña Paulita,—que el trabajo es bueno para ahuyentar las ocasiones de pecar; pero con exceso es malo.

—No será con exceso. Además es preciso que procure desechar de su mente todas las cosas que ha pensado hasta aquí. ¡Cuidado con las ideas del día que trae usted á este santuario de los buenos principios! No se acuerde usted de lo pasado; y ahora que está usted encomendada á nuestra tutela *para toda la vida*, no debe pensar sino en portarse bien. Nosotras, ya que usted ha tenido la desgracia de perder á sus padres, procuraremos dirigirla y enmendarla, siendo la autoridad que tanto necesita.»

La huérfana bajó los ojos y cayó en profundo abatimiento. ¡Para toda la vida! Hubiera querido morir en aquel instante. No miró á las tres arpas, ni les contestó. Su terror era tan grande que se le secaron las lágrimas, y quedó en ese estado de perplejidad dolorosa que sigue á las grandes crisis del alma.

Dejémosla en su encierro para acudir á Lázaro, que gime en una prisión de otra clase.

CAPÍTULO XVII

El sueño del liberal.

Cuando Lázaro vió cerrarse la puerta de su prisión y sintió perderse en la galería los pasos de su carcelero, miró en torno suyo, y se halló rodeado de la más profunda obscuridad. Luz entraba por una reja que en lo alto de la pared había; pero él, viniendo de la calle, estaba deslumbrado y no veía más que tinieblas. Por un momento le fué difícil darse cuenta de su situación. Aquello le parecía un sueño. ¿Su viaje á Madrid había sido cosa real ó visión percibida en aquel calabozo?

Los pensamientos que en desorden y confusamente se agolparon en la mente del joven, no son para referidos. El primer sentimiento que en él se manifestó, fué una gran compasión de sí mismo, que emanaba de la ridiculez con que los hechos anteriores le presentaban á sus propios ojos. El había creído que cada paso dado en la Corte sería un paso dado hacia su futuro engrandecimiento ó inmortalidad. El club patriótico más célebre de España le había abierto sus puertas, ofreciéndole una tribuna, un pedestal; la fortuna parecía haberle allanado todos los caminos, y después... Pero no podía acusar á la fortuna. Esta le había dado ocasión, sitio, auditorio; había puesto á su servicio un trastorno popular; había dispuesto sólo para él un inmenso grupo de oyentes trastornados y dispuestos á hacer la apoteosis del primer advenedizo. La fortuna había organizado para él una manifestación popular, pronta á improvisar un héroe en cada calle. La fortuna no debía ser acusada; él tenía la culpa, él, que había nacido para una vida obscura tal vez, para ser un buen artesano, un buen labrador, y nada más. Y aquel saber presuntuoso, aquellos conatos de pueril elocuencia, aquella vanidad prematura de grande hombre, eran quizás tan sólo fenómenos nacidos de esa serie de fantasmagorías que acompaña siempre á la juventud hasta dejarla á las puertas de la virilidad.

Después de pensar estas cosas, se fijó en su conversación. Estaba preso. Le formarían causa por alterador del

orden público. ¿Qué sería de él? Además había cometido una gran falta en no visitar inmediatamente á su tío. ¿Qué pensaría Clara?

Al verse sumergido en una especie de sepulcro, su imaginación principió á divagar. Estaba débil y muy fatigado. En cuarenta y ocho horas había dormido apenas cinco; además la falta de alimento le extenuaba. Cediendo al cansancio, empezó á dormir; mas no durmió con ese sueño que da reposo al cuerpo y al espíritu, porque su excitación le impedía un descanso profundo. Dormía con el letargo doloroso é indeciso que representa todas las visiones de la vigilia anterior de un modo incoherente y monstruoso.

En su sueño creía escuchar lamentos que resonaban en las bóvedas de la Cárcel. La antigua Cárcel de Villa era un mal bubardillón, dividido en celdas, donde los presos no tenían comodidad ni estaban seguros. La prisión no tenía aquel horror majestuoso con que los poetas nos han pintado todos los calabozos. Pero á Lázaro antojábasele un sombrío edificio, gigantesco sepulcro de vivos, de altísimas y negras paredes, de gruesos é inaccesibles torreones, con un gran foso lleno de aguas cenagosas y verdes, con largas filas de mazmorras, de las cuales la más lóbrega y subterránea era la suya. Se le figuraba estar á muchos pies bajo tierra; creía que aquella reja daba á algún conducto misterioso, y que detrás de los muros habría una presa de agua. En su sueño creyó sentir el ruido de un torrente: el agua entraba con lentitud; enormes ratas corrían buscando entre los pies del preso refugio contra el naufragio. Todo se le representaba según las siniestras relaciones de las cárceles de la Inquisición que había leído en sus libros.

Después le parecía que los muros se apartaban: se encontraba en el interior de una gran sala, cuyas paredes estaban tendidas de negro; en el fondo había una mesa con un crucifijo y dos velas amarillas, y sentados alrededor de esta mesa cinco hombres de espantosa mirada, cinco inquisidores vestidos con la siniestra librea del Santo Oficio. Aquellos hombres le hacían preguntas á que no podía contestar. Después se acercaban á él cuatro sayones, le desnudaban, le ataban á la rueda de una máquina horrible, la movían, rechinaban los ejes, crujían sus huesos. El lanzaba gritos de dolor, es decir, ponía en ejercicio sus órganos vocales; pero el sonido no se oía.

Después la decoración y las figuras cambiaban: se le representaban dos filas de hombres cubiertos con capu-

chón negro y agujereado en la cara en el lugar de los ojos. Por el fondo venían los mismos que le interrogaron, y uno de ellos traía enarbolado el mismo Santo Cristo que presidió al tormento. Cantaban con voz lúgubre una salmodia que parecía salir de lo más profundo de la tierra, y avanzaban todos, él también, en pausada procesión. Géntio inmenso le contemplaba impasible y frío: un fraile, también impasible, iba á su lado, pronunciando á su oído palabras santas que él no pudo comprender. Le hablaba de la otra vida y del alma.

Después le pareció que la comitiva se detenía. Frente á frente vió una claridad extraña, como toda claridad que brilla durante el día. Aquella claridad se convirtió en llama, que brotaba de un montón de leña. La llama crecía, crecía hasta llegar á una altura enorme; crujían los leños, saltaban chispas; una columna de humo negro subía hasta tocar el cielo. Después algunos hombres feroces, vestidos también con diabólico uniforme, le ataban fuertemente de pies y manos, le acercaban á la hoguera, le echaban en ella. En un momento de súbito é indescriptible horror sintió arder rechinando sus cabellos, consumidos en un segundo; sus ropas en otro segundo. Rechinó tenuemente el vello de toda su piel: hirvió su carne con el chirrido intenso y discordante de todo cuerpo húmedo que cae en el fuego. Respiró fuego, bebió fuego, se convirtió en fuego sensible y animado con los dolores de su propia combustión. Quiso gritar: la llama no conduce el sonido. Quiso huir: no tenía movimiento, no tenía cuerpo, no era más que una mecha. Quiso orar: no tenía pensamiento; no era ya más que una pavesa, una masa de ceniza. El viento le desmoronaba: se sentía difundirse en el espacio ardiente, se quemaba ya quemado. No era más que humo: se consideraba subiendo en espiral renegrida, y siempre quemándose, siempre quemándose y consumiéndose; difundido ya, aniquilado, evaporado, acabado... hasta que al fin despertó, cubierto todo con el sudor de la agonía.

Despertó, porque un ruido de voces resonaba á su lado. La puerta de la prisión se había abierto. Era la caída de la tarde. Un carcelero, que traía una linterna, alumbraba y guiaba á otro hombre que venía á visitar al preso. Este hombre era Coletilla.

CAPÍTULO XVIII

Diálogo entre ayer y hoy.

Elías se paró delante de su sobrino. Este balbució algunas palabras, le saludó de un modo incoherente, y le dijo al fin, después de comenzar muchas frases, que estaba seguro de tener delante á su buen tío; pero al ver que éste no le daba contestación ni desarrugaba el ceño, se calló, quedándose cabizbajo y lleno de vergüenza.

Por último, el realista habló.

«No debiera venir á verte, ni acordarme de tí. Mereces lo que te pasa. No tengo lástima de tu miseria, y vengo á conocerte, nada más que á conocerte.

— Señor, yo...»

Lázaro no encontraba la fórmula de una explicación. Coletilla sabía por el abate don Gil lo que había sucedido á su sobrino.

«Sé por qué te han puesto aquí. Un amigo que siguió tus pasos esta mañana me lo ha contado todo. Has levantado la voz en medio de una turba de charlatanes, y te han cogido preso. La justicia te ha puesto donde debieran estar todos los charlatanes.»

Lázaro estaba cada vez más confuso. Aquellas palabras, dichas cuando, más que repreensiones, necesitaba consuelo, concluyeron de abatirle. Representósele el carácter de su tío como el más áspero é inflexible que existía en la Naturaleza.

«Me contaron tu hazaña—continuó el viejo con su habitual entonación cavernosa,—y cuando supe que el delincuente era hijo de mi hermana, la indignación y la vergüenza se apoderaron violentamente de mí. No creí que fueras perturbador del orden público. Si tal cosa hubiera sabido, te habrías quedado en el pueblo. Después he averiguado más. Se que llegaste, y en vez de ir á mi casa fuiste con unos badulaques al café de la *Fontana*, donde te hicieron hablar y hablaste... y por cierto que lo hiciste muy mal. Todos se han reído de tí. Estuviste después alborotando toda la noche con los que apedrearon la casa de Morillo...

— ¡Ah! no, señor; yo no.

— De cualquiera manera que sea, tu conducta es imperdonable. Pero dime: ¿desde cuándo te has metido á orador? No sabía yo que en Ateca hubiera tanta elocuencia. Te habrán aplaudido los segadores en las eras, y te has creído por eso un Demóstenes.»

El fanático reía con tan maligno acento de sarcasmo, que á Lázaro le parecía tener delante un grotesco demonio. Cada palabra abría en el corazón del pobre prisionero una nueva herida, y le abatía y avergonzaba más.

«Pero no extraño tus desvaríos—continuó Elías:—el desorden cunde por todas partes. ¿Qué mucho que estos pedantuelos de aldea tengan tales humos, cuando los sabios de la ciudad ofenden el sentido común con sus ridículos debates? Sin duda algún garito de Zaragoza ha sido el primer teatro de tu petulancia.»

La imaginación de Lázaro midió rápidamente el abismo que en ideas y sentimientos le separaba de su tío. Pero se sentía dominado por él, y no podía contradecirle.

«Aquí—continuó el fanático con su espantosa burla,—aquí puedes hablar á tus anchas: nadie te molestará. Lo que puede ocurrir es que te crean loco y te lleven á un manicomio. Allí debiera estar media España. Pero no, ¿qué digo media España? una pequeña parte, porque casi todos los españoles conservamos el juicio. Solo una porción de hombres mezquinos, mezquinos de juicio, de carácter, de todo, manifiestan con su conducta todo el extravío de que es capaz nuestra naturaleza. Pero esto concluirá; yo te juro que concluirá, ó es preciso creer que no hay Dios en el cielo, perder la fe y renegar del mundo y del alma. Mira, Lázaro—continuó con tono vehemente y apretándole el brazo con tanta fuerza, que le hizo retroceder ianutado y perplejo;—Lázaro, si tú eres de esos, olvida que por tus venas corre mi sangre; olvida que soy hermano de la que te dió el sér. Un abismo nos separa; no hay reconciliación posible. Es preciso que nos odiamos de muerte. Huye de mí; para mí no eres prójimo. Hay cosas que están por encima de los vínculos de la familia. La vida no se reconcilia con la muerte, ni la luz con la obscuridad. Adiós.»

Iba á salir; pero Lázaro, trémulo de asombro, le detuvo, y le dijo con mucha turbación:

«Pero, señor, no me abandone usted, hábleme usted. Yo quiero que pensemos de la misma manera.»

A pesar de todo, el anciano le inspiraba respeto y veneración; y al ver que reprochaba sus ideas, sintió ese

impulso de subordinación tan natural en un joven de temperamento impresionable.

«Si eres de esos—continuó Elías,—vuelve á tu pueblo y no hables de mí; no digas que me has visto; no creas que existo; y es verdad: para ti he muerto.

—Pero deje usted que me explique...

—¿Qué vas á decir?

—Yo pienso... usted comprenderá que yo tengo mis ideas... he leído y tengo convicciones, sí, señor; estoy profundamente convencido...

—Tú, pobre niño, ¿qué puedes saber?... ¿qué convicciones puedes tener? No sabes otra cosa más que las falsedades leídas en cuatro libros que debieran arder en llamas alimentadas con los huesos de sus autores.»

A cada palabra se hundía más Lázaro.

«¿Será posible—dijo con desconsuelo,—que usted me pueda arrancar mis creencias, que yo he alimentado con tanto cariño y que me dan la vida? No, no podrá usted; y si al fin, con la fuerza de su talento, pudiera conseguirlo, yo le ruego que no lo haga y me abandone. Que nos separe ese abismo que usted dice; y si yo estoy en el error... Pero no lo estoy, yo sé que no lo estoy...

—Iluso, fanático, vano... porque sólo vanidad es eso, vanidad de Satán—dijo Elías con severidad; y después añadió con más fuerza:—Pero yo te sacaré de esa miseria.»

Estas palabras fueron pronunciadas con tan profundo acento de convicción, que el sobrino no pudo contestarlas, y se hundió más.

«¿Qué intentas hacer? ¿Qué esperas? ¿Piensas que esto va á continuar así por mucho tiempo? Te equivocas, que España está á punto de reconocer su error. Mira cómo rebulle por todas partes. El odio á la Constitución late en todos los corazones honrados. Pronto verás al Rey recobrar sus sagrados privilegios, que sólo Dios con la muerte puede quitarle.

—¡Oh, señor! ¿Y lo que este pueblo ha conquistado con tanta sangre, será perdido por el orgullo de un solo hombre? Si así fuera, yo renegaría de nuestro linaje; y si España se dejara ultrajar de ese modo, sería digna de mejor suerte.

—¡Digna de mejor suerte!—dijo Elías con la más horrible expresión de que era capaz su rostro abominable;—digna de aniquilarse y desaparecer de la tierra si no lo hiciera.

—No, no lo puedo creer aunque usted me lo diga. Cuando yo no crea en la libertad, no creeré en nada, y será el más despreciable de los hombres. Yo creo en la libertad que está en mi naturaleza, para que la manifieste en los actos particulares de mi vida. Yo, ciudadano de esta nación, tengo derecho á hacer las leyes que han de regirme; tengo derecho á reunirme con mis hermanos para elegir un legislador.

—Para darte leyes y obligarte á cumplirlas existe un hombre sagrado, ungido por Dios.

—No: yo y mis hermanos le ungimos. Es Rey porque nosotros queremos. Es sagrado para mí si cumple el pacto solemne que ha hecho con todos y cada uno. Si no, no. Pero lo cumplirá, lo ha jurado.

—Hay juramentos—contestó sombríamente Coletilla, —cuyo cumplimiento es un crimen.»

Lázaro sintió frío en el corazón. El aplomo con que aquellas palabras fueron pronunciadas le anonadó más, y le hundió más.

«Y todos esos héroes—se atrevió á decir el preso después de meditar,—todos esos héroes, santificados por la historia, que viven en el recuerdo de los buenos y serán siempre orgullo del género humano; todos esos que han vivido por la libertad, que han muerto por ella, mártires deshonrados en su último día por la mano del verdugo, pero enaltecidos después por la humanidad... ¿no quiere usted que yo les ame? Yo les venero; mi pequeñez no me permite imitarlos; pero por tener ocasión de parecerme á ellos, diera toda mi vida, lo confieso. ¡Oh! si la libertad no fuera la cosa más buena, sería la cosa más bella con la memoria de tantos héroes.

—¿Y esos son tus héroes? ¿Eso es lo que admiras?—dijo Elías.

—¿Pues á quién he de admirar? ¿á quién he de admirar? ¿A los tiranos? ¿A Nerón, matando á Séneca; á Felipe II, asesinando á Egmont y á Lanuza; á Luis XV, descoyuntando á Damiens?

—Era preciso enseñar á los franceses que no debía haber otro Ravallac.

—Pues la lección no hizo efecto, porque hace treinta años que un Rey murió en un patíbulo.

—¡Esos son tus semidioses, esos!—exclamó Elías con furia.

—No: mis semidioses no son el exterminio, el terror ni el asesinato. Lamento los desvarios de todos; mas no extraño que, al hair de las violencias de un extremo, se to-

que en las violencias de otro, pagando los crimenes de siglos enteros con el crimen de un día.

—No me hables más—dijo Coletilla con voz reposada y lúgubre:—ya sé que eres de *esos*, de *esos* a quienes no tengo palabras bastante duras con que calificar. Tu Dios es un ciego espíritu de libertinaje; la norma de tu conducta es el escándalo. Dime, insensato, ¿cuál es tu fin? ¿Qué ves tú en ese porvenir? Supón que fueras un hombre notable entre los de tu calaña, el más ciego de los ciegos, el más loco de los locos: ¿qué harías, cuál sería tu aspiración?

—Yo no tengo aspiraciones bastardas; no quiero medrar a la sombra de un tirano que pague la adulación con dinero; yo no aspiro más que a la gratitud del género humano, a la gloria.

—¿Gloria por ese camino? La gloria no se consigne sino por el camino de la lealtad, sirviendo a Dios y al Rey. No hay más gloria que la que Dios da en su Paraíso, de la cual es simulacro ó imperfecto remedo el culto que da en los altares el linaje humano a los escogidos de Dios. Además, la gloria en la tierra consiste en ser súbdito sumiso y obediente, no en vociferar por calles y plazuelas. De esa gloria que tú has sonado no pueden salir héroes, sino charlatanes y bandoleros. La gloria consiste en cumplir el deber.

—Pues yo cumplo mi deber tratando de emancipar a mis hermanos de una odiosa tiranía, diciéndoles y probándoles que son libres, iguales ante Dios y ante la ley.

—El primero de los deberes es obedecer lo que la ley te mande.

—¿Ciegamente?

—Ciegamente.

—Yo obedezco la ley que es tal ley, la que han hecho los que pueden hacerla, elegidos por mí y mis hermanos, elegidos por todos.

—A tí no te toca examinar la ley, sino obedecerla.

—¿Y si me mandan una infamia?

—No te la mandarán.

—¿Y si me la mandan?

—Te digo que no te la mandarán. Y si acaso Dios permitiera que tu Rey te mandara alguna cosa contraria a la justicia, hazla, que Dios le castigará a él y te premiará a tí en la otra vida. Serás martir. ¿Qué mayor gloria? El martirio del deber es grande y sublime.»

Lázaro se hundió más.

«Observa—continuó Elías,—el espectáculo de esa na-

ción. Unos cuantos desalmados le dan leyes en nombre de un principio absurdo, contrario a la Naturaleza. Sólo al Rey ha dado Dios soberanía. ¡Qué desorden! ¡El Rey obligado por una turba de soldados rebeldes a jurar aquel Código abominable! Lo juró; pero en el fondo de su alma lo detesta. No podía ser de otra manera. Está prisionero, prisionero de sus vasallos que juegan con él. El Rey se ve obligado a representar la más horrible farsa. Jamás la dignidad real ha descendido tanto. Pero él se librará de esta horrible tutela, porque Europa, si es preciso, se coaligará para salvar a España. Ya España ha salvado a Europa.

—No, no puedo creer—contestó Lázaro,—semejante iniquidad. Esta invasión sería más odiosa que la de 1808, y también mejor castigada.

—No lo creas: el Rey será restituido a su trono. Además, España no se levantará; y si lo hace, será en favor de la intervención. ¿No ves cómo manifiesta su voluntad? ¿No ves las facciones que aparecen por todas partes? Todas las provincias se arman para proclamar al Soberano absoluto, y aún no han aparecido las principales facciones. España se alzaría contra ese absurdo sistema, y Fernando volverá a ser nuestro Rey amado.

—¿Será posible?—dijo Lázaro con desaliento; y entonces se hundió más.

—Tan posible, que no pasará mucho tiempo sin que lo veas. Ahora se va a conocer el temple de las almas. Todos esos charlatanes que te han llenado la cabeza de desatinos huirán avergonzados, yendo a esconder su ignominia en tierra extranjera. Entonces se cubrirán de gloria los hombres de corazón recto; los leales y patriotas lucharán contra una plebe desenfrenada; lucharán por el derecho, por Dios y por el Rey; vivirán eternamente en la memoria de todos, y sus nombres serán en lo venidero un emblema de justicia y de honradez. Estos son los héroes, Lázaro; éstos.»

Lázaro se acabó de hundir. Las palabras de su tío le impresionaban de tal modo, que no tuvo aliento más que para decir tímidamente:

«¿Esos nada más?

—Nada más. La gloria es muy divina para que pueda coronar otra cosa que la justicia y el deber. No esperes nada fuera de esto. El torbellino de esa turba ciega te arrastra: ve con él. No te digo más. Camina a la deshonra y la muerte. Adiós. Algún día te acordarás de mí.

—No—exclamó Lázaro deteniéndole:—yo quiero que

usted me aconseje y me guíe... Yo... aunque tengo bastante fuerza de convicciones...

—¿Fuerza de convicciones?—dijo el fanático, deteniéndose y mirando a su sobrino con desprecio.

—Sí—contestó éste, —y no puedo perderlas, no quiero perderlas.

—Bien: sigue por ese camino. Lejos de mí no esperes otra cosa que deshonra, obscuridad. Yo te abandono a tu suerte. Hágome la cuenta de que no te conozco. Te pondrán tal vez en libertad, irás con ellos, serás vencido, y entonces... ó huirás con ignominia, ó te entregarás a la venganza de tus enemigos, que no tendrán perdón para tí, y harán bien.

—¿Pero usted me abandona?

—Sí: ya te he conocido. Vine sólo por conocerte. Ya sé quién eres. En mi casa te espero; pero no vayas a ella sino convertido.

—¡Ah, imposible! No iré.

—Pues adiós,—dijo Elías con decisión.

—Adiós,—repitió Lázaro con angustia.»

Coletilla salió. El joven no se atrevió á detenerle. No creyó que se marchaba hasta que le vió fuera, y sintió que el carcelero cerraba la puerta. Entonces tuvo impulsos de llamarle; gritó; no fué oído; lloró lágrimas de desesperación; golpeó violentamente con sus manos la puerta y el cerrojo, y al fin, cediendo á la fatiga y al trastorno mental, cayó de nuevo en aquel letargo extraviado y doloroso de que le sacara momentos antes la llegada de su tío.

CAPÍTULO XIX

El abate.

Al día siguiente, la casa de las tres ruinas contenía en su estrecha capacidad seis personas: las tres Porreñas, Clara y dos visitas.

Clara y la devota estaban encerradas en la habitación interior, destinada á las prácticas ascéticas. La santa, concluida la oración mental, se había sentado en un taburete, y poniendo un gran libro sobre sus rodillas, leía con

la cabeza inclinada á un lado, arqueadas las cejas, bajos los párpados, y cruzadas las manos en ademán muy humilde. Clara estaba á su lado, y como no debía llegar, en su flaca naturaleza, á aquel alto grado de perfección, cosa como una pecadora, como una infeliz mujer no acrisolada por las inflamaciones de amor divino. La devota no se permitió otra expansión que referir á su compañero los gozos y visiones que aquella noche había tenido. Después empezó un examen de doctrina, y le hizo varias preguntas morales y teológicas, á que contestó Clara con sencillez, guiándose por lo poco que sabía positivamente y por lo que su buen sentido le sugería. Pero es el caso que á doña Paulita siempre le parecían mal las respuestas de su discipula. La reprendía, le explicaba con escolásticos giros y frases nada comunes, y, por último, la llamaba ignorante y hereje, causándole gran turbación y susto.

De repente interrumpe sus lecturas y sus reprimendas, y exclama:

«¡Ah! se me olvidaba una parte de mi rezo. Ya se ve, que he distraído con los errores de usted, hija. Es preciso que usted piense de otro modo y deseche esas ideas... Pero digo que me olvidé de rezar... por...»

—¿Qué ha olvidado usted?—le dijo Clara.

—Me olvidé de rezar dos *Padre nuestros* por el sobrino de nuestro buen amigo don Elías.

—¡Jesús! ¿Qué le ha pasado? ¿Qué es de él?—exclamó vivamente Clara sin poderse contener.

—No se asuste, hermana, que no ha muerto,—contestó friamente la devota.

—¿Pues qué le ha pasado?—continuó Clara, que se había puesto pálida y temblorosa.

—Que está preso en la cárcel, y bien merecido.

—¿Pues qué ha hecho?

—Alborotar por esas calles y hablar en los clubs una serie de cosas tan péfidas é infernales, que horroriza el recordarlas. Anoche nos contó don Elías todo lo que ese desalmado joven ha hecho, y pasé un mal rato.»

Clara estuvo un momento sin poder articular palabra. La repentina noticia la turbó tanto, que no se atrevió á preguntar más.

«Hermana—prosiguió la devota,—¡qué muchachos los del día! ¿Qué horrible corrupción! Ese joven debe ser un monstruo. Pero ¡ay! debemos tener compasión con los delinuentes que yerran. No es que crea yo, como Orígenes, que hasta el diablo se ha de salvar. Pero debemos

compadecer y amar á los pecadores, aunque éstos sean de los más empedernidos y rebeldes.

—¿Pero qué ha hecho?—repitió Clara, haciendo un gran esfuerzo para disimular su turbación.

—No lo sé punto por punto; pero son cosas tan horribles... Ha hecho lo que otros tantos desvergonzados que andan por ahí. Esta sociedad está perdida. A ver, hermana, si aprende usted pronto eso que le he dicho sobre la gracia eficaz.

—¿Pero está preso?—añadió Clara con más miedo.

—Preso, sí, y no le soltarán tan pronto. Pero está usted inmutada... Ya, le tiene compasión, y es natural. La compasión á los semejantes es una de las virtudes que más recomienda Tertuliano. Usted está pálida, hermana. Pero, ya: es efecto de la compasión. Voy á rezar.

Y dejando el libro, tomó el rosario y rezó.

Clara bajó la cabeza y siguió cosiendo. Era tal su congoja, que no daba un punto á derechas; picóse los dedos muchas veces, y la costura salió tan mal, que pronto fué preciso desbaratarla y coserla de nuevo.

Dejémoslas, y acudamos á las visitas. En la sala estaban María de la Paz, Salomé, y delante de ellas, en pie y respetuosamente, Elías Orejón y el ex-abate don Gil Carrascosa.

Nada hemos hablado hasta ahora de la amistad de este singular personaje con las venerables viejas. Carrascosa, en su calidad de abate entrometido, frecuentaba la casa de Porreño, lo mismo que otras de la más elevada jerarquía. Aún hemos oído contar á personas de toda veracidad que el intruso y audaz hombrecillo había tenido una parte principal en las misteriosas relaciones de Salomé con aquel joven militar, á quien enviaron al Perú después del rompimiento de la dama con el imberbe duque de X...

Carrascosa era hombre de mucha travesura y socaliña, sutil como el aire, capaz de urdir en el seno de las familias las más hábiles marañas; iba y venía sigilosamente so color de preparar fiestas, de arreglar procesiones, y era, en resumen, un picaro tercero. Así le llamamos por no darle otro nombre un poco soez, que alguien le aplicó oportunamente y conservó entre muchos con justicia.

La amistad de las tres viejas se interrumpió con la desgracia, y sólo de vez en cuando las visitaba, recordándoles los tiempos pasados con una elocuencia y un calor que no agradaban á doña Paz. Últimamente, sus visitas eran más frecuentes y mucho más afectuosas sus

demostraciones de amistad. El día en que los encontramos aquí había ido con Elías; y por algo extraordinario iba sin duda, porque su vestido era el más escogido y su cara estaba más lavada que de costumbre. Los puntiaguados faldones de la mejor de sus tres casacas se balanceaban al compás de las piernas en la parte posterior del cuerpo; el tapé había recibido doble ración de pomada, y la corbata, aumentada con nuevos pliegues, formaba un blanco follaje, una pechuga escarolada debajo de la barba. Cuando el abate se ponía este traje, había pronunciado ya la *última ratio* de su peculiar elegancia.

Coletilla se despedía ya después de haber saludado á las damas. No venía sino á ratificar un tratado que últimamente ajustó con Paz. Ya sabemos que las señoras tenían el segundo piso de la casa simplemente ocupado con los muebles de familia de que no habían querido deshacerse. Este piso era muy pequeño y abuhardillado, comunicándose con el principal por una escalera interior.

Las damas habían propuesto á Elías que se fuese á vivir á aquel sitio, comiendo con ellas en calidad de huésped, y al buen viejo le vino este arreglo como de molde, porque le producía un aborro, y además le ponía en estrecho contacto con sus antiguas amas, que tenía siempre en tanto aprecio. Economía, comodidad, seguridad: estas tres ventajas vió en la proposición, y aceptó. Aquel día vino á darles la respuesta definitiva: sobre el precio no hubo disputas.

Cuando Coletilla se marchó, el abate se preparó á tomar la palabra: hizo mil muecas, sacando á la superficie de su cara todo su repertorio de sonrisas. No seremos indiscretos en decir, anticipándonos á la declaración expresa del mismo don Gil, que iba á invitar á las tres damas para una fiesta religiosa. También nos atrevemos á indicar, con todas las reservas imaginables, que aquello no era más que un pretexto que ocultaba otros fines.

Cuando rompió á hablar, lo primero que hizo fué preguntar por doña Paulita, y también por Clara, empleando algunas discretas reticencias. Después dijo:

«Pues yo venía á decir á ustedes si quieren honrar con su presencia la función que la Hermandad de la Pasión y Muerte celebra mañana en la iglesia de Maravillas. Yo soy el Secretario de la Cofradía, y gracias á mí se ha arreglado la fiesta. Yo les aseguro á ustedes que será de lo más lucido que se ha visto en la Corte.

—No será nunca como la que hicimos el año 98 en las

Niñas de Loreto, cuando se trasladó la Virgen de los Dolores del oratorio del Olivar,—dijo Salomé.

—No fué el 98, sino el 3; que me acuerdo como si hubiera sido ayer,—dijo Paz.

—Te digo que fué el 98,—insistió la otra.

—Estoy segura que fué el año 3—dijo Paz,—cuando el primo vino de la guerra de Francia.

—Que el 98, Paz—afirmó Salomé,—el 98. Hace ya veinticinco años.

—Jesús, mujer: te aseguro que fué el año 3; me acuerdo bien. Yo tenía entonces... quince años.

—Señoras, no hace al caso la fecha,—dijo Carrascosa, cortando aquella peligrosa cuestión.»

Y después continuó:

«Gracias al petitorio que yo dirijo, se han reunido dos mil y pico de reales. Tenemos misa con orquesta de capilla, y nos predica el padre Lorenzo de Soto, que es un orador que vale un Perú.

—¡Oh! no me le nombre usted—dijo Salomé, apartando la cara y poniéndose delante de ella la mano abierta a guisa de pantalla:—es un clérigo pervertido, contaminado con las ideas del día. Después que los liberales le hicieron Provisor de Astorga, está en poder del demonio. Hube de caerme muerta cuando el día de la fiesta de la Virgen de la *Leche y Buen Parto* le oí decir en San Luis que era preciso reconciliarnos con los que habían trastornado a nuestra patria. ¿Cómo puede haber llegado a ese extremo de perversión una persona tan docta como el padre Lorenzo de Soto?

—Señora, yo tengo para mí que es un gran predicador—dijo Carrascosa.—El año 42 fué, como ustedes saben, Diputado en aquellas Cortes; el 44 firmó la exposición de los *persas*. ¡Noble carácter! Después, la amistad del Rey le ha elevado a puestos muy altos; y para probar su mérito, baste decir que él fué quien descubrió la conspiración de Porlier. Después del 20 se ha hecho enemigo de la Constitución, lo cual es digno de alabanza, porque de otro modo hubiera perdido su prebenda. Pero nada de esto hace al caso, sino que predica mañana, y que esta tarde tenemos Completas, en que cantan los tiples de Avila y el padre Melchor, franciscano de Segovia. Mañana oficiará el reverendo obispo de Mechoacán, y por la tarde habrá procesión, á que asistirá la Cofradía del Paso, la del Santo Sudario, y también irán los niños del Hospicio.

—¡Ay, don Gil!—exclamó con acento de profundísimo desconsuelo María de la Paz.—¿Cómo se atreven á sacar

los santos á la calle con estas cosas? Más querrán ellos estarse en sus casas que no salir á ver todas las iniquidades que cometen los hombres.

—Puedo asegurar á usted—dijo el abate con sonrisa diabólicamente irónica,—que no se han quejado, ni se quejarán por el paseo. Lo mejor de la procesión es la comitiva que tenemos organizada. Irán catorce vírgenes vestidas de blanco, con coronas de rosas, velos, escapularios y cirios en las manos.

—Esas comitivas—dijo con muy mal humor María de la Paz,—no me hacen gracia. ¡Es una cosa tan mundana! Allí van los hombres solo por ver á las muchachas; y las muchachas que hacen de vírgenes, van solo á que las vean, y en lo menos que piensan es en los santos y en Dios. Esas son cosas de Francia, señor don Gil. Antes no se usaban aquí semejantes inmoralidades, y día vendrá en que se acaben costumbres tan escandalosas.»

El timbre nasal de la voz de doña Paulita, que se hallaba en la habitación inmediata, resonó en la sala, trayendo la opinión de la santa, que no por estar rezando dejaba de prestar atención á cuanto en la sala se decía.

«¡Ah!—exclamó, alzando la voz para poder ser oída por don Gil:—no me nombren esas procesiones de vírgenes mundanas. ¡Qué vírgenes serán esas que salen con coronas de rosas y cirios en las manos! Una vez vi eso, y me entró tal grima, que tuve que confesarme en seguida de la cólera que me había dado. No me nombren eso. ¡Qué escándalo, Dios mío! ¡A dónde iremos á parar así!

—Pues, señoras—manifestó don Gil, respirando fuerte, como si con el aliento adquiriera la fuerza que contra tantos y tales enemigos necesitaba;—yo, señoras, respetando la opinión de ustedes, encuentro que esas procesiones son muy patéticas, muy expresivas, muy religiosas. De todos modos, ya la procesión está arreglada, y hay que llevarla á cabo. Hemos estado buscando jóvenes, y ya hemos encontrado algunas: pero aún nos faltan cinco. La fiesta es mañana; y si no encontramos hoy esas que faltan, se va á deslucir la función. ¡Qué contratiempo! No saben ustedes cuánto he trabajado para buscarlas. Son muy guapas las que tengo ya.

—Señor don Gil, por Dios,—chilló Salomé en el tono de una honesta dama que reprende el atrevimiento de su galán.

—Señoras, ¿qué tiene eso de particular? Si Dios las ha hecho guapas, ¿qué vamos nosotros á hacer? Pero ¡ay! me faltan cinco. Por eso he venido aquí.»

Y se detuvo como cortado.

«¡Ha venido usted aquí!» exclamó Paz abriendo mucho los ojos.

«¡Ha venido usted aquí!» murmuró Salomé con súbito cambio de color.»

Las dos ruinas se miraron. Aquella mirada fugaz fue terrible. Un observador oculto é inteligente hubiera advertido tal vez que en aquel mutuo rayo por una y otra lanzado, se examinaron, se despreciaron, cambiando como una expresión de rencor que cada una lanzó para la otra. Pero Carrascosa, aunque era buen observador, no pudo advertir al breve resplandor de aquella mirada fugaz como un relámpago, los dos abismos que, abierto el uno frente al otro, se contemplaron un instante, mostrándose todo su horror. No se crea por esto que tía y sobrina no se querían bien, no: se amaban, si cabe expresarlo así; se amaban como pueden amarse dos personas que se fastidian juntas. Sigamos.

Un profundo y lejano suspiro anunció la admiración de doña Paulita.

«Sí, he venido aquí á ver si ustedes consienten...» continuó el abate.

El retablo que en la persona de Paz hacía veces de rostro, se puso de color de remolacha, y los ojos de Salomé miraron al cielo, no sabemos si por un movimiento natural ó por una calculada combinación de ademanes.

«Eso no tiene nada de particular, señoras, nada de particular; al contrario...»

«¡Señor don Gil!» dijo Salomé con una cosa parecida al rubor.

«¡Señor don Gil!» exclamó Paz con toda la majestad de su carácter reunida en un solo gesto.»

El que había sido abate y covachuelista comprendió que le habían entendido mal.

«Voy á rectificar,—exclamó.

—A rectificar, como dicen en las Cortes—indicó Salomé en un arrebató de amabilidad repentina é inexplicable que no pudo contener; amabilidad rarísima en ella y que era sin duda signo de una gran agitación.»

El buen humor de la segunda ruina era siniestro.

«Quiero decir—continuó el abate, después de toser dos ó tres veces,—que venía á ver si consentían ustedes en que esa joven... esa joven que ustedes protegen...»

A Salomé le entró una tos convulsiva, no sabemos si originada por una causa física ó por la necesidad de disimular y no ofrecer á la contemplación de don Gil las arru-

gas triangulares y el color cárdeno que aparecieron en su cara al oír aquella proposición. María de la Paz se resfregó un ojo como si le escociera. Oyóse la voz de doña Paulita que rezaba un latínajo incomprensible.

«Esa joven—continuó Carrascosa,—que se llama... ya no me acuerdo de su nombre. Pues... esa que es tan guapita y tan modesta. De seguro no habrá en la procesión ninguna que la iguale.

«¡Señor don Gil!» exclamó María de la Paz Jesús con explosión de cólera repentina.—¿Cómo se ha figurado usted que yo podía consentir en semejante cosa? Ya le he dicho á usted que esas comitivas me parecen muy indecentes, y si esa niña quisiera prestarse á ser escándalo de la Corte, no entraría más en esta casa. Por parte suya, no dudo que consintiera, porque es tan aficionada á coquetear por ahí, que si la dejaran había de estar todo el día en la calle detrás de los hombres. Pero no... no me hable usted de eso.

—Yo sospechaba desde el principio á dónde iba usted á parar, señor Carrascosa; pero quise aguardar á que se explicase,—dijo Salomé con mucho desdén.

«Señoras, veo que son ustedes inflexibles. Conozco mucho la noble entereza del carácter de ustedes y el tesón de sus principios para insistir más sobre este punto.»

En aquel momento doña Paulita, que, sin salir de la habitación interior, no perdía sílaba de lo que allí se decía, tomó parte en la conversación, variando de sitio para que la oyeran mejor.

«¡Oh, Dios mío!» dijo.—No consentiré yo tal cosa. ¡Hasta las personas más perfectas caen alguna vez! ¡Hasta de los hombres más de bien y de mejor conducta se vale el demonio para sus perversos fines! ¡Quién diría que usted, señor don Gil Carrascosa, había de ser instrumento de perdición para esta pobre muchacha!

«¡Yo, señora mía!

—No: ya sé que es sin querer, que á veces Dios permite que una persona buena sea, sin saberlo, causa de la perdición de otra. No le echo á usted la culpa. Pero esta pobre niña tiene quien vele por ella. No caerá otra vez; que gracias á un buen ángel ha salido ya del abismo la pobrecita, y se ha salvado. Ya está hecho lo principal; de modo que ahora, con una vida ejemplar consagrada enteramente á la oración, su alma se purificará por completo. No temas, niña—añadió, volviéndose del lado en que estaba Clara;—no temas, que no volverás á caer, y si saliste del pantano del mundo, ha sido para continuar pura

y sin mancha lejos de él. Y no desconfíes de ella—prosiguió mirando á la sala y dirigiéndose á las dos esfinges; —no desconfíes de ella, porque es muy buena.»

Salomé movió la cabeza en señal de duda.

«Es muy buena, muy buena compañera mía—continuó la devota.—Aunque el mundo trató de corromperla, ella tiene muy buen fondo, y el alma está santa: lo he conocido. Perderá la corteza de las viles pasiones que el mundo le ha enseñado. Estoy tan interesada en su salvación, que quiero unirme á ella para toda la vida y salvarla conmigo. ¡Os aseguro que así será! Amadla vosotras, que Dios manda amar á los pecadores, sobre todo cuando están arrepentidos. ¿No es verdad que estás arrepentida, hermana?»

No se oyó ninguna respuesta. Clara contestó sin duda que sí con un movimiento de cabeza. El sermón de la devota dejó un eco en la sala.

«Señoras: para concluir, me permitiré una observación—dijo don Gil.—Yo no veo un escándalo en que la señora doña Clarita salga en la procesión de las vírgenes. Al contrario, bueno es que ostente la hermosura, que es obra de Dios; y la mujer que se esconde y no sale, impide que se admire una obra de Dios, cual es la hermosura. Esa joven es un ejemplar prodigioso de las hechuras de Dios, y haciendo que todos la vean es como se publican las alabanzas del autor de tantas maravillas.

—Señor don Gil—objetó María de la Paz haciendo esfuerzos para aparecer serena:—no creía yo que fuese usted tan libertino. Vamos, nosotras teníamos de usted otra idea; creíamos que...

—Yo soy, señora, un hombre como los demás. Admiro las obras bellas de la Naturaleza, y una mujer hermosa es...

—Por Dios, señor de Carrascosa: en verdad tiene usted unas cosas...—dijo Salomé pasando la mano por el fragmento de cabellera que entre su apergaminada frente y su tocado aparecía.

—¡Jesús! repórtese por Dios—dijo desde dentro la devota.—Me horrorizan sus palabras.»

Algo más duró el importante diálogo; pero don Gil, viendo que no sacaba partido de las tres pécoras, varió de asunto, aunque con poca fortuna, porque sus amigas le mostraron mucho despego durante toda la visita. Al fin determinó marcharse; se levantó, hizo mil cortesías, les reiteró su respeto y admiración, prometió volver pronto, y se fué.

Al llegar á la calle miró á todos los lados como buscando á alguno, y al poco rato salió del portal de una casa inmediata el joven militar que hemos conocido desde el principio de esta historia.

«¿Qué hay?—preguntó á Carrascosa con mucho interés.

—Nada, no quieren. Esas viejas son unos demonios—contestó riendo de muy buena gana el abate.—Me parece que por ese camino no conseguiremos nada.

—¡Diantre de viejas!

—No la sacamos de esa casa si no ahorcamos á las tres arpias de los tres balcones, y á Coletilla del tejado.

—Estoy decidido ya á lo que te dije ayer. Si no la puedo sacar, me vuelo yo dentro.

—¡Hombre, qué empeño!... Eso ya pica en historia. Vámonos de aquí, que si Coletilla nos ve, de seguro cae de su burro; vámonos y hablemos del asunto.

—Eres lo más inútil... Verás si yo la saco.

—Quisiera verlo,—contestó Gil; y los dos se alejaron en dirección á Santa Bárbara.

—Ya tú has olvidado tus antiguas mañas, diablo de abate; ya no sirves para el caso. A ver cómo puedo yo entrar ahí; discurre un medio, un ardid cualquiera: ¿para qué te sirve esa travesura? á ver.

—Hay un medio magnífico,—contestó Carrascosa.

—Pues explícatelo pronto.

—Voy á explicarlo.»

CAPÍTULO XX

Bozmediano.

Antes de dar á conocer en toda su extensión el coloquio de estos personajes, conviene dar noticias de uno de ellos, ya bastante conocido por el lector. El militar que en el segundo capítulo de esta historia vimos prestando auxilio á Coletilla y después introduciéndose furtivamente en su casa, se llamaba don Claudio Bozmediano y Coello. Ya era tiempo de decir su nombre. Tenía treinta y dos años, y servía en el ejército con el grado de comandante. Su padre fué uno de los venerables legisladores de Cádiz. Hom-